



Las cuitas de Francisco de Miranda, héroe venezolano



El viento de levante, tan pródigo en esta tierra del sur de España, bate intenso y racheado, haciendo chirriar las ventanas de ésta, mi lóbrega celda del presidio de Cuatro Torres. La tarde está desapacible, y yo aquí, en el Arsenal de la Carraca, en esta isla cenagosa formada por aluvión acumulado alrededor de una antigua embarcación de madera y habilitada como carenero, arsenal, destacamento marítimo y prisión militar.

En la Isla de León, casi donde se acaba el mundo, estoy prisionero a causa de la traición de amigos, correligionarios y compañeros del proyecto independentista y salvador de Venezuela, mi patria.

Tengo tiempo para recordar, analizar y discutir todo cuanto me ha acontecido hasta ahora, acerca de lo bueno y de lo malo, más negativo, a mi entender, que positivo; aunque he recorrido el mundo entero y he tratado a los más poderosos gobernantes de mi tiempo, ahora me parece todo deleznable y aborrecible si no se me concede la libertad, el don más preciado de la estirpe humana.

Trato de no ser mi propio carcelero, de no caer en la indiferencia, la desazón o el desánimo personificado. Al fin y al cabo, cuando uno se abate, se nos apodera la pesada llave del pesimismo y la melancolía,

que actúa de cancerbero insobornable y persistente, ya que la propia conciencia es reticente, avasalladora, en absoluto dialogante, y sobre todo tenaz, terriblemente tenaz y obsesiva, como gota de agua horadando la roca de puro caer en el mismo sitio una y otra vez.

Busco huir de mí mismo, blandiendo el arma de la ironía, recurriendo al espíritu, de suerte que el prosaico ritmo cotidiano pueda convertirlo en endecasílabos de poesía y de aventura; ensañaciones basadas en todo lo vivido, hipnosis dentro de la desazón, con el fin de cerner y extraer lo mejor de cada circunstancia y despreciar la paja y la borra de lo desagradable y nauseabundo.

Escribo mis consideraciones acerca de todo lo acontecido que conservo aún en mi diario, fiel compañero de viaje, como la bitácora del marino o el breviario del sacerdote.

Leo todo lo que puedo; no ponen reparo mis esbirros y me proporcionan libros de Cádiz o de la Isla.

Me siguen visitando algunas amistades. Vienen con noticias diversas, a veces contradictorias acerca de la sublevación en América. También hablo con el cirujano de la Armada, Dr. Chacón, que está asignado a la enfermería del Arsenal, fundada por Virgili, impulsor del primer Colegio de Cirugía de España.

Fernando Paredes Salido
Doctor en Farmacia
y en Ciencias Químicas

Mis males deben ser más graves de lo que pienso; han venido médicos del Hospital de San Carlos para realizar un diagnóstico más preciso de mis achaques y dolencias. ¡Estas insidiosas dolencias!

La visita más frecuente, aunque le despida con mis desaires intemperantes es, sin duda, la del capellán del penal y de la dependencia; buen hombre, algo tosco, cura de los llamados de "misa y olla" con el que me excedo en mi agresividad verbal o en mi indiferencia gélida. Sé que no se merece ese trato un ministro del Señor, pero me divierte ese vaivén, ese distanciamiento meditado, junto a un acercamiento comedido a las cosas de la Iglesia. Al fin y al cabo esta institución es como una mujer, conviene tenerla cerca en determinados momentos y usarla de escudo en situaciones comprometidas.

Mis devaneos con ella pasan por momentos de juegos y carantoñas, frente a muchas ocasiones de separación, de indiferencia e incluso de clara beligerancia. A mis años, con un pie en este mundo y otro en el de más allá, lo que me ha de suceder me preocupa, no sólo lo referente a mi cuerpo, que a la postre está cascado y desvinculado cual trasto inmundo, sino también lo que acontezca a mi espíritu. ¡Insondable misterio!

Soy agnóstico y masón, pero al llegar estos momentos en los que se presiente el fin cercano, las fibrillas duras y estriadas de un corazón aparentemente indiferente y distanciado se tornan blandas y arrugadas pensando en lo que queda por venir.

Me educaron en la religión católica, pues mis padres eran practicantes, aunque el tiempo enardecido y fluctuante me guió por los derroteros de la indiferencia y del escepticismo. Siempre fui respetuoso con la fe; tuve incluso buena amistad con algu-

nos sacerdotes, principalmente jesuitas americanos expulsados de España por Carlos III y a los que traté en Nápoles, Bolonia y Roma. Nunca tuve apego al culto, a la liturgia testimonial, al olor a cirios o a las campanas enardecidas.

Sé que hay un Hacedor que nos juzgará el día de nuestra muerte, confío en su misericordia y cierta benevolencia para con mis acciones en este mundo y que pase página en al-

Tengo tiempo
para recordar,
analizar y discutir
todo cuanto me
ha acontecido
hasta ahora,
acerca
de lo bueno
y de lo malo

gunos malos capítulos de mi comportamiento.

Mas lo que no perdono, ni perdonaré nunca, es la traición. A Cristo lo vendió uno de sus discípulos por treinta denarios, y a mí me tienen aquí los realistas por la traición de unos desalmados que me llamaban amigo, compañero revolucionario. ¡Cruel mascarada, infausto destino el mío!

Pienso en mis hijos, Leandro y Francisco, que están en Londres protegidos por mi fiel Sarah, pero quisiera verlos crecer a mi lado, intercambiar puntos de vista con ellos, hacer proyectos, diseñar entelequias o soñar realidades. ¡Es tan valiosa la libertad! Ahora me arrepiento de no haber estado más cerca de ellos, atento a sus necesidades y progresos. Los engendré y los dejé confiado en el amor sincero y leal de su madre. Para mí han sido avatares del destino, hijos encontrados al trasmallo, como el pescador que halla en la red el pez que nunca imaginaba.

La verdad es que siempre he gravitado en otra órbita muy distinta a la de la familia. Si tengo hijos, se lo debo a la perseverancia de mi fiel Sarah que es la única mujer que me ha querido hasta el delirio, por mí mismo, sin esperar nada ni hacer ostentación de su cariño. ¡Bendita sea! ¡Pienso tanto en ella, ahora que todo sedimenta de manera lógica y que el cúmulo de acontecimientos se precipita buscando un desenlace! El ambiente tras la tempestad queda nítido y purificado de humos, así yo, ahora, confinado en este lóbrego penal, discernio con mayor grado de entendimiento lo bueno o lo malo que fue mi acontecer. Se puede decir que el destino me ha permitido ver claramente lo que me ha sobrevenido. El devenir es solo una incógnita en el aire; es como el celaje del esplendoroso lubricán de esta tierra que siempre me pareció bella y luminosa desde mi juventud, cuando era oficial del ejército español, y que acoge ahora a un viejo revolucionario, general beligerante, enemigo y traidor.

Veo desde mi celda el arsenal, con su iglesia de piedra ostionera, sus dependencias, almacenes de



jarcias y lonas, cuartel de la dotación, fosos para el arreglo de algunos barcos anclados en el muelle y, a lo lejos, Puerto Real y la Isla de León.

Permanentemente, como invadiendo mi intimidad, veo los caños, aguázales y esteros de la baja Andalucía, salpicados de sapinas, albos depósitos de preciada sal, o asalmonados amaneceres de salinas medio llenas o medio vacías, según se mire, dejando evaporar al furioso viento de levante el agua del mar.

Mi ánimo sube y baja como la marea. Confío en que se me haga justicia y pueda salir del presidio. "Que Dios me pese en balanzas justas y conocerá mi integridad", como clamaba Job.

Curiosamente, a pesar de mi sentido crítico y anticlerical, leo a menudo la Biblia. Me identifico con Job, que sufre injustamente la indiferencia y desprecio de los que fueron sus amigos, y confío, como él, en salir de la tribulación.

Lo peor del caso es que no logro sobreponerme a mi desaliento, sobre todo desde que supe el desastre de Urica y siendo consciente de que Sir J. Duff me está robando a mano armada, además de negarme las 5.000 libras que le pedí y que son necesarias para mi subsistencia y planes de fuga. Retuvo una orden que cursé a Vansisttard para que me enviase 100 libras y 150 pesos. Rutherford, en Ginebra, tampoco me contesta acerca de mi solicitud de crédito. Necesito urgentemente el dinero.

Es cierto, no tomo la comida del rancho; me traen alimentos de fuera y han asignado diez reales diarios para mis necesidades, pero ese dinero apenas alcanza para cuartillas, material de escribanía, pequeños caprichos de viejo, libros, periódicos y algunos exquisitos dulces de Medi-

na, que me trae desde la Isla y Puerto Real mi buen criado Pedro José Morán, hombre curtido en estas tierras.

Tengo que agradecer no solo los buenos oficios de mi lacayo, sino también su buen humor y gracejo, que me hacen la vida más llevadera. Con él tengo largas conversaciones, ya que es un poco gárrula, pero con ese acento gaditano unido a su singular léxico andaluz que, después de tantos años vividos por mí en América y en Europa, había olvidado.

Algunas de sus frases son de antología: "¡Mire usted don *Fransisco*, los gitanos pejugeros *disen* que si en *Cái* hubieron fenisios y tartesios, romanos y hasta moros, lo que es hoy, sólo quedan muchos siesos!". Todo porque no le sirven la calidad que él quisiera al precio que oferta y que, por desgracia, es escaso, dados mis cortos recursos económicos.

Está atento para que no me de otro jamacuco como el del hace días, en el que me subió la fiebre y deliraba diciendo latinajos.

Es un hombre sano, con esa filosofía de esta tierra de aluvión, que ha conocido tantas y tantas culturas, y de las que ha cogido lo mejor de cada una.

Gracias también a él, tengo relación epistolar con mucha gente. Me visita Antonia de Salía, una guapa y simpática mujer de la Isla, con la que tuve cierto grado de intimidad en mis tiempos jóvenes; pues donde candelita hubo, siempre rescoldito queda. Es fiel a la amistad y amor que un día hubo entre nosotros.

A veces, las autoridades militares acceden a mi requerimiento y me autorizan un rato de asueto, pescando en el caño colindante a la puerta del mar, de suerte que al coger alguna dorada me siento feliz como cuando de niño iba de pesca con mi padre

en un pequeño bote con el que nos adentrábamos en la mar y pasábamos horas y horas juntos, charlando y pescando.

Mi angustia empezó con mi captura por las tropas realistas, gracias a la traición de mis propios compatriotas venezolanos. Fui conducido al castillo de San Carlos de la Guaira, luego al de San Felipe en Puerto Cabello, desde donde dirigí un memorial a la audiencia de Caracas solicitando que se cumpliesen las capitulaciones de 1812. Posteriormente me llevaron a la fortaleza del Morro, en Puerto Rico. El Capitán General de la isla me visitaba; velaba para que no me faltase de nada e incluso me pasaba periódicos que llegaban desde Cádiz junto con el diario de sesiones de las Cortes que se celebraban allí.

La presencia de diputados americanos en éstas era considerable. En la sesión inaugural, el 24 de septiembre de 1810, en la Real Isla de León, donde me encuentro actualmente prisionero, un tercio de los representantes legales era americano, lo que demuestra la importancia de este sector de diputados.

Me trajeron al penal de Cuatro Torres a finales de 1813, poco después de la Constitución de las Cortes de Cádiz que plasma una declaración de principios ejemplar. Propugna que es la única capaz de proporcionar paz en las tempestades que agitan la desgraciada América y que será el lazo de unión para todos los hermanos de esta inmensa y virtuosa familia. Luego se vio que no era así, dada la situación de deterioro social y político que padecíamos y aun padecemos.

Pues bien, a través de los diarios de sesiones que leía en Puerto Rico, sabía del buen hacer de Mejía de Lequerica, de Lava, de Mendiola, Mora-

les y Duarez o Jáuregui, todos ellos americanos como Alcocer, Gordo, Ostolaza, Larrazábal, Ramos Arispe y tantos otros. De los ciento ochenta y seis diputados que firmaron la Constitución el día de su aprobación el 19 de marzo de 1812, cincuenta y dos eran americanos.

Conocía de oídas al diputado por mi país, Fermín de Clemente, que hizo algunas gestiones posteriores para mi liberación.

Me identificaba con las palabras de Mejía de Lequerica que, como buen americano, ponía de relieve que las riquezas de las colonias habían terminado beneficiando a países extraños, destacando la situación dolorosa de algunas provincias, así como la gran cantidad de extranjeros que se habían establecido en ultramar para sembrar la discordia.

No obstante, y por mi experiencia directa, la burguesía criolla que había apoyado la insurrección, llegando a conspirar sin recato alguno contra las autoridades españolas, me traicionó negándome su ayuda.

Volviendo a mi estado actual, pensé que los liberales podrían abogar ante el gobierno de la nación española para que fuese liberado, aunque caía sobre mí la sombra de ser un traidor y el estigma de hombre peligroso.

Habían levantado muchos recelos y mala fama mis coqueteos políticos, primero con los presidentes de Estados Unidos, Washington, Jefferson y Addams; también con los políticos británicos William Pitt, Fox o Sheridan; y para colmo, mi participación en la Revolución Francesa.

Siempre estuve vigilado por los espías españoles, que informaban cumplidamente a Madrid acerca de mis contactos, gestiones y conspiraciones, según su modo de ver.

En Londres, me dijeron mis ami-

gos ingleses que el embajador, Bernardo del Campo, había recibido instrucciones concretas del Conde de Floridablanca para atraerme a Francia, donde el Conde de Aranda tenía aprestado un grupo de sicarios aconchados con la policía y dispuestos a traerme de inmediato a España.

Mira por donde, la traición, la envidia y el recelo son armas más poderosas y económicas que los agentes secretos y las urdimbres de despacho, que nunca lograron encerrarme en prisión salvo en la Francia revolucionaria.

La traición,
la envidia y el
recelo son armas
más poderosas
que los agentes
secretos
y las urdimbres
de despacho

Se me sigue considerando un elemento muy peligroso, por mis contactos internacionales, mis buenas relaciones con mandatarios extranjeros y mi declarada pertenencia a la masonería, aunque dentro de la corte también hay muchos masones.

Sigo siendo un traidor a la "madre patria" desde que abandoné el ejército español en Cuba, marchando a los Estados Unidos.

Envié un memorial al rey Carlos III solicitando ser declarado inocente de las acusaciones de La Habana; pero frente a mi humillación y denodado esfuerzo por estar bien con la corona y poder llegar a una solución negociada, sólo encontré dilaciones y promesas imprecisas por parte de Floridablanca.

No existe voluntad de diálogo. España sigue empecinada en su soberbia colonial, aún sabiendo que más tarde o más temprano se segregarán las colonias americanas; más vale ahora una solución negociada con los representantes del pueblo que la lucha sangrienta de padres contra hijos y de hermanos contra hermanos, que conduciría al rencor y al odio eterno, a fanatismos incontrolados, perfidias y recelos.

Cuando cayó Puerto Cabello, quise negociar la claudicación con los realistas para evitar la ocupación sangrienta de Caracas y dar tiempo a nuestras tropas para reponerse.

Tras la capitulación de San Mateo, el 25 de Julio de 1812, mis compatriotas venezolanos y españoles me consideraron traidor a sus facciones e intereses.

¿Puede uno sentirse más solo y compungido después de tanta lucha durante años? ¿Hay cosa más terrible que entregarte durante tanto tiempo en pro de unos ideales libertadores y que no sea reconocido tu esfuerzo ni siquiera por tus propios paisanos?

La noche más amarga fue la del 30 de Julio de ese infausto año, en la que mis antiguos amigos y correligionarios me prendieron, entregándome a los realistas para salvar sus cabezas.

Estuve tranquilo, digno, a la altura de las circunstancias, cuando Soublette, mi secretario y ayudante, me despertó hacia la mitad de la no-



che y me obligaron a entregarme sin demora. ¡Aquella gente sólo sabía hacer bochinche!

Ya sólo me queda la desesperanza de mi lóbrega cárcel. A veces pienso que Inglaterra pedirá, más tarde o más temprano, a través de Lord Wellington, vencedor de Napoleón y amigo de los españoles, que Madrid cumpla la capitulación con respecto a mí, al igual que lo hizo con otros.

He escrito miles de cartas a Robertson & Beltz en Curaçao, disponiendo que mis papeles y equipajes junto con 22.000 pesos en plata que dejé, sean enviados a mi familia que se encuentra en Londres. A Duncan & Shaw de Cádiz, y a Turnbull Ross de Gibraltar, les hago ver de manera continúa mi necesidad apremiante de crédito.

Por fin, Turnbull vino a verme desde Gibraltar y me trajo algo de dinero. Convino conmigo en que, si no lo graba escapar de Cuatro Torres, me moriría como una rata entre estas cuatro paredes. No me lo dijo, pero se notaba en su rostro que me había encontrado envejecido, enfermo, sombrío y huraño.

Aunque, por mi anhelo de libertad, no soy fácil de rendir, la esperanza también tiene un límite y cuando veo pasar los días sin que nada progrese, el desánimo me invade, la desazón me inunda.

Confiaba en que los liberales nacidos al amparo de las Cortes de Cádiz atenderían mis súplicas y, en efecto, así sucedió, pero la represión absolutista del rey Fernando VII cambió las tornas. El "Deseado", que debía haberse llamado "Indeseable", pocos años después, en 1814, publicó el "Manifiesto de los Persas" anulando la constitución gaditana.

En Cádiz no se apreciaba al rey, y allí surgió el *cantarcillo* "Cuando Fernando séptimo gastaba pale-

tó...", donde se criticaba que el monarca usaba levita sobre un pantalón, en lugar del calzón tradicional; y en invierno, en vez de capa, llevaba paletó, un abrigo a la usanza de París. Además se rodeaba de una singular camarilla de aduladores y chupatintas.

Me alegraría
saber que, tras
mi muerte, he
dejado un mundo
más habitable
que cuando
llegué a él

Como he dicho, mis posibilidades de supervivencia radican en el hecho, cada vez más improbable, de mi huida; pues en lo referente a las negociaciones con los absolutistas, bien poco me fío, con este gazzápiro que tienen como monarca.

Cada vez se me antoja más difícil superar estos adarves. Sólo me consuelan mis cortos escauceos a los caños circundantes, donde me encuentro con los que aquí llaman gentes del bronce, pescadores y mariscadores que vagan por los fangales en busca de cañaillas, galeras y biñocas para pescar y que no son serviles, sino libres dentro de su miseria y escasez de medios.

Para mí sería terrible llegar al final del tornaviaje con el espíritu im-

poluto, con el tesoro entero, pero sin emplear. El que no se mancha las manos es que no las tiene o jamás las usó.

No hay peor infierno que el de la esterilidad; encontrarse vacío a la hora del balance final.

Me alegraría saber que, tras mi muerte, he dejado un mundo más habitable que cuando llegué a él.

Lo importante es que las semillas de mi vida y de mis ideas germinen, incluso en personas que ni siquiera lo sepan. Pienso que es entonces cuando mi vida estará ganada o justificada y habrá tenido razón de ser.

A mis hijos les pido que cuiden de su madre y continúen en la medida de sus posibilidades la Revolución por mí emprendida, que disfruten de la victoria, que presiento cercana, y vuelvan a Venezuela para ayudar a construir el nuevo Estado.

Con respecto a los españoles, nada les echo en cara. Me trataron correctamente, incluso ahora en mi condición de prisionero. España siempre fue una gran nación, acogedora, alegre, pintoresca, épica, satírica e iconoclasta y, al mismo tiempo, religiosa y militar. Aquí he convivido con los más altos ideales que la hacen cuna de santos y de héroes, así como con la picaresca y la ruindad. He vivido aquí más tiempo que en mi patria, he aprendido a conocer y querer a sus tierras y sus gentes. Mis primeros amores fueron mujeres gaditanas que cautivaron mi corazón.

Aunque agnóstico y escéptico, pienso que Dios nos dará, finalmente, el medio para entendernos y poder sobrellevarnos en una sociedad plural de naciones libre y respetuosa con las peculiaridades de cada país. Al fin y al cabo, estamos condenados a entendernos pues somos hermanos y toda revolución es el proceso lógico de una adolescencia abocada a la madurez. ■